

placer, sin la férvida alegría del amor? Creemos que no. El ensueño ha de seguir aleteando sobre su frente, para hacerla esperar que el ideal que su imaginación forjó, venga ahora a cobijarse junto a ella, con un sentido más próximo a su corazón.

Mari Yan nos ofrece, además, en su libro el placer de saberla bien chilena en sus gustos. No desdeña las costumbres de su tierra y por el contrario habla de ellas con afecto y simpatía, con intención picaresca a veces, débilmente lograda, para poner de relieve algunos dichos de los huasos. Ha escogido muy bien las tonadas que se cantan en las fiestas campesinas en las que hay ese hálito de chilenidad que nos es conocido. Personalmente debemos declarar que nos ha hecho sentir nostalgia de esos días que se perdieron en la neblina azul de los recuerdos. Es por lo demás una escritora bien femenina; en ninguna parte trata de torcer su temperamento. Por el contrario, se encanta describiendo su jardín, el color, el nombre y la fragancia de sus flores poniendo así una nota delicada en el relato, que nos hace recordar a Francis Jammes, cuando nos habla de sus vergeles, donde cosecha poemas exquisitos y flores maravillosas.

En suma, un libro lleno de simpatía. Mari Yan merece ser recibida con entusiastas palabras cordiales y sinceras, y con el limpio anhelo de que siga haciendo su obra, que esperamos sea cada vez más lograda.—*Luis Durand*.

ENSAYOS

LOS CANTORES POPULARES CHILENOS, de *Antonio Acevedo Hernández* (1).

He visto a Acevedo Hernández una tarde del pasado otoño, en el Cementerio General, acompañar los restos del famoso ciego Juan Bautista Peralta, presidido por los violines melan-

(1) «Los Cantores Populares Chilenos», Editorial Nascimento, 1933 Santiago.

cólicos de todos los ciegos que cantan en las calles de la capital.

Todos los lazarillos conocían a Acevedo: «Buenas tardes, señor Acevedo. ¿Qué desgracia, no?»

Llegamos al final del Cementerio, donde izaron a un nicho con una especie de grúa marinera, los restos del cantor. Acevedo reclamaba: «Peralta siempre me dijo que quería que lo enterraran en la tierra».

Hablaron algunos amigos del difunto, representantes de la «Sociedad de Ciegos Santa Lucía», el propio Acevedo y un ex-ministro. Este confesaba después lo amigo que había sido con Peralta, y cómo en los momentos de duda en su labor ministerial, había siempre recurrido con éxito a los consejos del cantor.

Acevedo quiere al pueblo a su modo, un modo un tanto plañidero; y por esto quizás no lo representa bien. A mí me parece que Acevedo representa mejor la sensibilidad de la mujer del pueblo, que la del hombre. La psicología de la compañerita, la hermanita, y la mamita, parecen presidir desde adentro la obra toda de Acevedo Hernández.

En sus obras hay siempre algo que compadecer. Sus héroes—huasos, habitantes de conventillo, presidiarios—resultan demasiado sentimentales. No es que alguien se niegue a esta compasión sino que al literato se le puede exigir una mayor exactitud al interpretar el pueblo. Nuestro roto representativo es escéptico, poco reclamador y nunca llorón. Además vive su vida al margen de todo comentario. No le importan los juicios que se hagan sobre ella, ni su valor ni su trascendencia, y le irrita toda compasión con respecto a su persona. Tiene por lo general calendario, costumbres, código e historia propias. Acevedo conoce muy bien todo este material, es su interpretación la que no nos parece la más acertada.

Acevedo Hernández es hijo de un cantor popular, y por su conocimiento del ambiente y la documentación que presenta a la masa del público, ha logrado hacer con sus «Cantores populares», una obra de mérito indiscutible y de amplia divulgación.

En estas páginas, como en muchas de las que han salido de su

pluma, el mérito es mucho mayor en lo que el autor sabe por experiencia directa, que las conclusiones que trata de obtener de ella.

Los capítulos más interesantes son sin duda los que se refieren a la «Fonda Popular» y a la de la Peta Basaure. Sus retratos de Liborio Salgado y de Juan Bautista Peralta, amigos del autor, como también los recuerdos del Nato Vásquez y de Juan Rafael Allende (El Pequén); y todas las noticias que ha logrado acumular sobre los cantores populares y su época. Es digna de anotarse la curiosa información que nos presenta Acevedo Hernández sobre los comienzos políticos de Carlos Pezoa Véliz, que en opinión del ciego Peralta empezó por ser poeta popular, haciendo sus primeras armas sobre el cometa Biela y la mitología griega.

En cambio, cuando el autor opina en los primeros capítulos sobre la poesía popular y la psicología que la informa, muchas veces sus conclusiones distan de estar en lo justo. Hay argumentos que sirven justamente, para rebatir lo que él mismo sostiene. Leemos en página 16:

Religiosos, católicos como eran y como es nuestro pueblo—pues por demagogo que se muestre, le teme seguramente a las ánimas y reza cuando se ve en un apuro...

Y repite en la página 39:

Es cierto que el pueblo es burlesco; pero es cristiano, más que cristiano, católico; el más grande demagogo del pueblo teme a las ánimas y reza cuando se ve en apuro.

No hay duda, que con lo que nos cuenta Acevedo, se podrá deducir la superstición, pero no la religiosidad en nuestro pueblo.

En otras partes nos encontramos las declaraciones que no sabemos qué quieren decir: juicios oscuros, caprichosos o atropellados, que seguramente el autor no corrigió. Así en la página 60:

El tiempo ha nivelado los hombres, la biología ha impuesto su verdad absoluta, y por otra parte el siglo está dispuesto a entregarse a los que dominan la técnica que los antiguos, roídos de molicie y snobismo no han cuidado de aprender.

A pesar de todo, Acevedo Hernández, con su tenacidad, el cariño que tiene a su pueblo, y su conocimiento del ambiente en que éste vive; puede darnos no ya documentos deficientemente interpretados, sino obras maestras y reveladoras, el día en que a su actitud de apóstol y sociólogo suceda una visión más objetiva y amplia del tema tratado.—*Juan Uribe Echevarría.*



LA POESÍA LÍRICA MEXICANA, por *Arturo Torres Rioseco*, Imp. Universitaria, Santiago, 1933.

En el N.º 95 de la gran revista de la Universidad de Concepción—ATENEA—apareció, por primera vez, el ensayo que voy a comentar.

En un pulcro folleto, que Domingo Melfi puso a mi disposición, emprendo la lectura del estudio de Torres Rioseco. El tema es incitante.

¿Quién no ha sentido interés por saber algo de México? La República nortina tiene como un mágico sortilegio que prende en el corazón y produce ansia de conocerla. No pierdo la esperanza de pisar el suelo de los aztecas, raza acaso egipcia o judía... Pero quede el anhelo de viaje y la sentimental divagación para oportunidad más propicia.

Emprendo, pues, esta poética peregrinación en compañía de un conocedor profundo y sagaz de la poemática mexicana: Arturo Torres Rioseco. Actual Virgilio, me acompaña por los diversos círculos del orbe lírico de México, y como el vate del Dante, me explica con conocimiento y cariño, la obra de cada poeta.

Según Torres «la poesía ha sido cultivada en México con más intensidad que los otros géneros literarios» (p. 6). Verdad pura. Porque ya en el Siglo XVI hay más de trescientos «rimadores» y en el Siglo XVII se destaca la figura de gran formato del continente colombino: Sor Juana Inés de la Cruz.